



El nuevo orden y la dictadura *The new order and the dictatorship*

REYNALDO BELLO GUERRIERI¹

guebelin@cantv.net

Universidad Metropolitana

Recibido: 24/06/2010

Aceptado: 17/01/2011

*Todos los hombres aferrados a la misma
idea se parecen.*

MARCEL PROUST, *El mundo de Guermantes*.

Resumen

El tema de este trabajo remite al tratamiento de los tipos de dictaduras que podemos hallar en la posmodernidad. Para ello colocamos ejemplos de dictaduras tradicionales, y de neo-dictaduras que, en teoría, son democracias, pero que en la práctica gobiernan violando el orden institucional. El método implicó, sobre todo, el análisis a las distintas formas de gobiernos autocráticos,

¹ Investigador y escritor. Licenciado en Letras (UCV) y Magíster en Literatura Latinoamericana Contemporánea (USB). Profesor universitario. Premios literarios: Premio Municipal de Teatro Infantil (Caracas 1996), Premio a la Investigación y Creación Intelectual de la Universidad Metropolitana 2005-2006, entre otros.



los cuales fueron comparados con los que buscan el perfeccionamiento de la democracia. La conclusión a la que se llega es que, por fortuna, el régimen autoritario (cualquiera sea su línea) al final colapsa, dando paso a otro ordenamiento, generalmente basado en principios más plurales.

Palabras clave: Democracia, dictaduras, gobierno, pluralismo, orden, poder...

Abstract

The subject of this work refers to treatment of types of dictatorship that we can find in postmodernity. For it we placed examples of traditional dictatorships, and neo-dictatorships that in theory are democracies, but in reality the government violates the constitutional order. The method implied was mainly the analysis of the different forms of autocratic governments, which were compared with those who seek the improvement of democracy. The conclusion can be resumed in that, fortunately, the authoritarian regime, whatever political line it follows, ultimately collapses, giving space to another order, based generally on plural principles.

Keywords: Democracy, Dictatorships, Government, Pluralism, Order, Power...

Lo vital para el dictador es implantar un *nuevo orden*, que llama “nuestro” y considera el verdadero. Este orden se establece sobre leyes que el poder *de facto* manipula a su conveniencia. Como toda ley, las del dictador son creadas; no obstante, los ideólogos adscritos al régimen las tildan de naturales y se hacen cumplir mediante presiones, cárcel y violencia; violencia que justifican en nombre de los derechos humanos, ya que si los ex gobernantes actuaron o no violentamente contra quienes ahora ostentan el mando, éstos argumentan que deben proteger (sin que importe la forma) su ideario, el cual, como sabe el estudioso de la política, suele resultar utópico.

Estos nuevos inquilinos de palacios y palacetes —como en el ejemplar caso venezolano de la era del chavismo—, en buena medida también



aspiran a obtener los bienes materiales de los desplazados. Quieren las prebendas en contante y sonante, o en valijas que sin contratiempo circulen por los aeropuertos de la nación, antes de ser embarcadas rumbo a diversos destinos donde garantizan la custodia de dólares, bonos y títulos de propiedad transportados; títulos que incluyen bienhechurías que hombres y mujeres del depuesto poder hayan levantado, honesta o deshonestamente, a lo largo y ancho del territorio en cuestión. Para sintetizarlo en una frase bélica: arrasan con todo.

Lo paradójico es que el proyecto, sin que sea una condición *sine qua non*, más temprano que tarde llega a ser tildado de revolucionario. Por supuesto, lo atizan de manera demagógica con hipotéticas luchas de clases que al final –para decirlo con palabras del más cantarín coloquialismo– no son más que un “quítate tú pa’ ponerme yo”.

Así, nuevas instituciones, o las viejas con el nombre cambiado, surgen y resurgen para legalizar atropellos. En tal sentido, operan con cinismo permisivo bajo la égida de quien en adelante habrá de ser considerado por la servidumbre oficializada, Líder Supremo, Salvador de la Patria, Gran Timonel, Adalid de los oprimidos, Padre Celestial en la Tierra y cuanto pomposo título para loar al dirigente mayor vocifere el coro de turno, cuyos miembros, por pertenecer a grupos e instituciones estructuradas con rigidez jerárquica, asumen la “debida obediencia”, frase que la judía alemana Hannah Arendt acuñó en su famoso libro *La promesa de la política*, lúcido ensayo donde acentúa con estimulante optimismo que el sentido de lo político estriba en la libertad.

No obstante, el asunto empeorará para el ciudadano que tiene mentalidad plural si en el seno del sector oficialista se esgrimen teorías racistas, como ocurrió durante la nefasta y a la vez creativa época del tránsito de Mussolini y Hitler por el mundo; sobre todo la del último nombrado, quien abrió la ruta hacia el Holocausto que, como registra la historia, no sólo exterminó judíos y comunistas, sino a todo aquel considerado inferior, o diferente, que tuvo la desgracia de caer en las garras nazis.

Desde entonces, quienes conforman un gobierno *de facto* (en la Nueva Era, muchos de ellos sostenidos por falsos resortes democráticos)

son parte de un clan al estilo del que formó el dictador Fidel Castro en Cuba, Idi Amin Dada en Uganda, y, tiempo después, el seudo-demócrata Mugawe en Zimbabwe, personajes de opereta altamente admirados por el presidente de la mal llamada Quinta República venezolana, Hugo Rafael Chávez Frías. No hace falta ser un estudioso del comportamiento humano para darse cuenta de que la admiración del gobernante venezolano fue motivada por la durabilidad en el poder de los déspotas citados, enemigos parlantes del Imperio.

De todos modos, quien en la posmodernidad aspire a regentar un gobierno basado en la fuerza, tiene un atractivo menú a la carta con variedad de dictaduras para escoger, pues las hay *de facto*, legalizadas, de partido, unipersonales, dinásticas, institucionales de las Fuerzas Armadas, ideológicas... Por supuesto, se dan casos en que la mayoría terminan siendo una especie de mosaico (colcha o *collage*) cuyas piezas muestran en su composición elementos de los diversos tipos de dictaduras señaladas.

Ahora, quienes rodean a mandatarios con ansias de perpetuarse en el gobierno de sus respectivos países resultan ser habitantes reales de un mundo hermético, personas no necesariamente malas que alimentan su ideologizado intelecto mediante la circularidad de pocas ideas utópicas que se cierran sobre sí mismas. Buscando paralelismos con el deporte y la religión, se comportan como hinchas del fútbol o como fanáticos religiosos. Ambos grupos, como sabemos por las reseñas noticiosas y por la historia, siempre están dispuestos a la violencia radical debido al sentido de pertenencia que desarrollan. Unos por un determinado equipo; otros, por un específico credo.

Limitado espacio resulta ser el de estas personas ideologizadas por la línea impuesta por el déspota, mandón o corifeo de turno. Espacio donde el nepotismo posee patente de corso para colaborar, incluso con la destrucción de un país y las vidas humanas que lo defiendan. Es lo que Jeremías Bentham llama *panoptismo*. O sea, el tipo de poder característico de una sociedad de vigilancia que se expresa en políticas de



encierro y en instituciones de secuestro. Para Bentham, los tres aspectos propios del panoptismo son: extrema vigilancia, control y corrección.

Por supuesto, abundan las ocasiones en que los integrantes de ese “cerrado” núcleo aludido se ven impelidos a tratar con seres de pensamiento plural, condición indispensable de la política según Hannah Arendt. Tales encuentros ocurren, sobre todo, cuando en la Asamblea, Congreso o Parlamento, hay discusión de leyes.

También los oficialistas –si la democracia no ha sido desterrada de raíz– en ocasiones deben tratar con gente que piensa desde la “multiplicidad”, como es la pretensión en asuntos de política del filósofo Alain Badiou, o con individuos que ante todo aman la libertad, como quería el preclaro y siempre adelantado en cuestiones de libertades La Boétie.

Un espectáculo lamentable dan los integrantes de la bancada oficialista de las neo-dictaduras cuando, por mero protocolo y orden, deben comunicarse con “los otros”, pues lo hacen a través de terceros o de manera indirecta, como ocurrió con altísima frecuencia en la República Bolivariana de Venezuela durante la primera década del siglo XXI. ¿Ese tipo de comunicación colateral sirve para evitar contaminarse, seguir contentos y eternizados en sus curules y de paso ampliar la solidaridad con los suyos al ejercer sus funciones en la productiva servidumbre que materialmente los beneficia?

En efecto, las dictaduras de viejo o de nuevo cuño forman su propio bolsillo, que a veces cosen del todo; incluso la cabeza máxima suele encerrarse entre sus rústicas costuras y aparecer en público cuando supuestamente tiene algo “conveniente” que informar a la nación. En ocasiones esa conveniencia, como en el caso atípico de la ya citada República Bolivariana de Venezuela de la primera década del nuevo milenio, presenta la imagen del Presidente durante tres, cuatro y a veces más días consecutivos de cadena –*show business*–, con una duración media de seis horas, que pueden extenderse hasta el filo de la medianoche y, si el caso lo amerita, más allá.

Por otro lado, hay dictadores extravagantes y melodramáticos que gustan viajar por el mundo con su beduina tienda de campaña; otros, esgrimiendo con manos asesinas el fusil de su indeclinable deseo de perpetuarse en el poder, tan sólo por el bien de la patria soñada y, por si fuera poco, por el de la Humanidad; otros, su derecho al armamentismo que puntualiza lo nuclear, apenas con el fin, sutil por lo demás, de borrar del mapa a un antiguo pueblo ligado al primigenio monoteísmo, los judíos.

Es obvio que estos pintorescos dictadores hacen antipolítica. ¿Acaso la política no se propone regular la lucha, eliminar parcial o totalmente la violencia que se pueda ejercer contra otro Estado, nación, país, entidad, municipio...? O como sintetizan la mayoría de manuales dedicados al tema: “Civiliza la lucha”, al sustituir el conflicto sin cuartel; al evitar la guerra ilimitada que dispone la muerte del oponente. Lo suyo (lo de la política) es combate bajo reglas que tienen como supuesto el derecho a la existencia del adversario; y no cualquier existencia, sino una digna donde nadie tenga que vérselas con la presión, amenaza, intimidación y cualquier derivado que pretenda aplastar al contrario, a quien de entrada señalan de traidor y apátrida.

A propósito de política, tomemos dos líneas que devienen de la etimología de esa desprestigiada palabra: *polis*, que hace referencia a poder vivir conjuntamente, si es posible en armonía, aun con diferencias; y *polemos*, que refiere al antagonismo, al conflicto. En relación a *polemos*, salen a colación las dos figuras de choque que le dan sentido a la social antípoda que encierra el significado del vocablo referido: enemigo y adversario.

Entendiéndose que sean oponentes irreconciliables los librepensadores y los hombres envilecidos por el déspota a quien servilmente obedecen, como recurso y divisa de civilidad, hay que apelar a la política buscando evitar el enfrentamiento. Pero la sangre amenaza desbordarse cuando por falta de acuerdo son rebasadas las fronteras de palabras que intentan impedir todo tipo de agresión y sus pavorosas consecuencias.

Es comprensible, además, que cada bando defienda con ahínco su postura ideológica, cualquiera que esta sea. No obstante, el peligro de



confrontación se agudiza, porque el sumiso seguidor del tirano suele comportarse como un exacerbado hincha del fútbol: obcecado fan que defiende con la vida la trayectoria del equipo al cual cree pertenecer. O sea, es víctima del perverso fanatismo, acicate de pasiones desmedidas.

Volviendo al tema central de esta propuesta, recordamos que hay dictadores de la vieja guardia, es decir, *de facto*, y dictadores de nueva estirpe, es decir, legalizados por un orden jurídico delineado para tal fin. El hecho es que abundan los ejemplos de ambos tipos de gobernantes que aspiran a ser considerados guerreros contemporáneos, héroes de nuevo cuño, pero que en lo concerniente al extenuante y sangrante batallar, ni siquiera a la virtualidad se acercan. Y habría que agregar, ¡por fortuna!

En tal sentido de egolatría y megalomanía guerrerista, individuos ligados al poder a comienzos del siglo XXI aluden u ostentan copia de una espada multiplicada como los panes de Jesús, una espada victoriosa y libertaria, la de Bolívar, que hace rato quisieran macular con sangre inocente. Por si fuera poco, con obstinación repiten, como si fuera un mantra, el nombre del clásico y romántico prócer caraqueño, que acaso vislumbró las móviles leyes que sostienen a la democracia; providencial palabra que permite a gobernantes de toda ralea mantenerse aferrados al poder; incluso por largos períodos, avalados por reelecciones continuas: sonados acontecimientos puestos en el ojo de la frustrante sospecha, debido a que suelen estar signados por continuos fraudes. Pero, sobre todo porque con ellos, con el tipo de gobernante providencial, y solamente con ellos, serán posibles los más caros ideales humanos: justicia, igualdad, fraternidad, libertad, respeto al prójimo y a la naturaleza; aunadas esas maravillas del espíritu altruista a un sinfín de promesas materiales que nunca llegan a cumplirse, pero que en ocasiones es necesario reciclar; especialmente cuando la popularidad del mandamás de turno da señales de franco descenso.

Incapaz de aceptar otra realidad, la logia niega la existencia de lo que no cuadra con sus postulados. Son sordos a lo que no los beneficie directamente, aun cuando la jugada sea provechosa para la mayoría, y, por ende, favorezca al país del mandón. Su objetivo es el poder absoluto.

De allí que quieran maniatar a la sociedad civil, la cual, siempre que esté organizada y no sea reacia a lo político, podría –y es su deber– aplicar límites y controles a la casta que de manera unilateral pretende imponer su voluntad al resto. Es tal el afán de dominio de estas hordas globalizadas, que ni siquiera les importa aplastar a quien coloca como escudo la Constitución que, como se sabe, está redactada con el fin de poner coto a toda clase de arbitrariedad amparada en el poder y el poderío.

Por otra parte, cuando algún miembro incurre en una inmoralidad imposible de tapar, eliminan la evidencia. Pronto imponen versiones oficiales de los hechos para mantener la “pureza” en la representación del nuevo orden que suplanta la realidad, realidad encubierta con un palabrerío hueco y altisonante donde resuenan voces como “mística”, “apátridas”, “pueblo”, “soberano”, “revolución”, “guerra asimétrica”, “cruzada”, “moral”, “ética”, “patria o muerte” “socialismo”... Son vocablos “naturales”, usados para lo que el lingüista Germán Flores llama “verbocracia”, y Ramón Guillermo Aveledo, “poder retórico”. Y quien usa esa jerga grandilocuente como un código de honor, suele engañarse a sí mismo al confundir palabras con obras. Pero ya Francis Bacon lo había advertido en su *Novum Organum*. Allí, entre otras lindezas, el británico dijo: “las palabras hacen violencia al espíritu y lo turban todo, y los hombres se ven lanzados por las palabras a controversias e imaginaciones innumerables y vanas” (2002: 31-33).

En esa clase de retórica ligada a la política abundan las mentiras y las satanizaciones al adversario, cuyas cabezas freirían en aceite, como ofreció el candidato Chávez Frías en 1999, antes de ser elegido por vez primera Presidente de Venezuela. Pero si la causa lo amerita, la palabra *amor* brota de la boca oficial –la que más habla–, que se transforma en mueca, antes y después de pronunciar tan prostituido vocablo. A fin de cuentas, la vanidad en gran medida impele a mentir o, por lo menos, a exagerar.

Quien no posea nada y quiera seguir sin poseer nada –salvo la reciclable, tornasolada y huidiza esperanza–, que apoye obnubilado este tipo de régimen autoritario, bien sea de derecha o de izquierda, pues es



harto conocido que la política socialista yerra al pensar la sociedad como un conjunto cerrado de inclusión total. En todo caso, quien no tenga nada y aspire a tener, o tenga y quiera consolidar lo obtenido e incluso ampliar su peculio, ya sabe qué hacer en principio: alejarse de este tipo de gobierno, agarrar por los cachos al toro de su voluntad, y conducirlo por los caminos del propio beneficio. Por supuesto, sin excluir los comunes tránsitos que desembocan en la abierta sociabilidad del justo y amable intercambio.

Abundan los gobernantes que se autocalifican de revolucionarios; la mayoría de ellos, pronto muestran ser un espejismo lleno de palabras huecas que, dependiendo del carisma de los emisores, lograrán un alcance capaz de atrasar a sus países por décadas a pesar de haber ofrecido, con lenguaje altisonante, refundar la nación. Pero lo peor no es calificarse de revolucionario, sino la división, el aislamiento en que colocan a buena parte de la población, al ir contra la natural comunicabilidad que, según Aristóteles, es el fin de la política y, a fin de cuentas, la que le da carta cabal de ciudadanía.

El falso revolucionario se engaña de tal manera que los seguidores, convertidos en obsecuentes hinchas, en mirones de palo, se creen voceros de un destino inmaculado que certifica cada vez más la agresión y cuyo balance es odio, rencor, miedo, rapiña, desapariciones, brutalidad. Los ejemplos de líderes mesiánicos que prometen cambiar para mejor el destino de sus pueblos son parte de la profusa saga política que deja como legado el extraordinario siglo XX, siglo positivo y negativo a la vez, debido a tanto invento transformador de la vida, y a las prolongadas y catastróficas guerras que, entre otros sucesos de envergadura, tuvieron lugar en el tiempo que va de 1914 a 1989.

No olvidemos cómo suelen terminar estos elegidos, estos revolucionarios de costosas propagandas que, en su espiral de ambiciones enloquecidas, aspiran alcanzar la grandeza militar de Alejandro, Cincinato, Aníbal, César, Marco Antonio (antes de caer en brazos de la sensual e inteligentísima Cleopatra), Napoleón, Bolívar... Sí, la pléyade de caudillos mesiánicos de la posmodernidad, en sus discursos refieren la gloria eterna

de los atrevidos guerreros antiguos; mas, a su manera, cada uno termina siendo un tosco imitador de los más catastróficos emperadores que pariera la Roma imperial, como lo son: Tiberio, Calígula, Nerón, Cómodo... Por sólo nombrar cuatro de ellos.

Aunque si dejamos correr más de dos mil años, Mussolini y Hitler son los más imitados por estos justicieros charlatanes que empobrecen a todo un pueblo (*sus pueblos*) y enriquecen apenas a sus familias y al entorno de aduladores que, como autómatas, se mueven siguiendo al poder.

Recordemos que los patrioter discursos de Hitler tenían un promedio de duración de tres horas. Más o menos lo que en tiempos posteriores durarían los de Fidel Castro, y más recientemente los aún más prolongados de su epígono Hugo Chávez. Después de todo, para sentir la existencia buscamos compañía similar, aunque a la larga las ignoremos porque, por lo general, no toleramos tanto parecido, tanta *imitatio*.

Para no abrumar al lector, obviaremos a la caterva de líderes mesiánicos tercermundistas que (investidos por Dios y por el pueblo) no dejan de ofrecer, con tintes de variopinta y excéntrica originalidad, el recurrente espejismo donde muestran que los males de la humanidad serán solucionados. ¿A costa de división, de eliminar a quien piensa distinto? Y todos esos actos de segregación y exclusión tienen el fin de mantener unidos a quienes están en línea con quien vocifera los dictámenes que, entre otras cosas, aseguran salvar al planeta de la degradación en que lo han sumido las fuerzas opuestas al humanismo y, en concreto, las que emergen del “despiadado capitalismo”.

Por supuesto, para mantener la visión engañosa (o particularizada) de la realidad, imponen la ausencia de duda, apenas permitida a los niños; mas desaparece en cuanto el infante asciende a la clase “iluminada” y pasa a ser siervo del Estado. Entonces entenderá por las buenas, antes que por las malas, que la dictadura posee *su realidad*, de la que, como se dijo, no se debe dudar, y donde la consigna es ser fiel al Líder y sus mandatos. Uno de ellos, concienciar que la autoridad emana de la negación de lo que había antes del Nuevo Orden y que quien desplaza



es superior al hombre apartado, al “gusano” que ahora se niega a seguir el cada día cambiante listado de leyes impuestas.

Como es evidente, ignoran a todas luces que el pluralismo es una característica de la comunidad humana. El pluralismo, que como el contenido de la palabra pretende, abarca los planos más disímiles de la cultura. Lo de ellos, es decir, lo que sostiene como punta de lanza el tipo de gobierno despótico que simula democracia, es una linealidad vacua donde el viejo orden piramidal se impone como una ley que ni siquiera debe intentar violarse, pues los intentos fallidos suelen pagarse demasiado caros.

Obviamente, el habitante de la comunidad está por debajo del Jefe, que no deja de aplicar violencia contra los disidentes, tildados en el acto de apátridas; violencia justificada en el clan, debido a que la consideran el medio eficaz para que el mandón aparente mesiánica superioridad. No obstante, la palabra “paz” es eco continuo de la verbocracia. Pensemos en los países del reducido club que en las primeras décadas del siglo XXI conforman la entelequia del ALBA, donde sin tregua se habla de la redención del eterno hombre explotado-aplastado. Se trata en realidad de gobiernos que irrespetan al ciudadano, a la vez que anulan el pluralismo político e ideológico que podría anidar en cada ente. No en balde la ignorancia suele ser amiga de quien ofrece quimeras.

A pesar de que en discursos oficiales se insiste en la idea del “hombre nuevo” mediante una sistemática política que en su empaque pareciera decir *Hecho en Perfección*, es el hombre de siempre el que permanece, pero siendo más desoído, abusado y exprimido en su buena fe. Con benevolentes y esperanzadoras palabras, estos gobiernos olvidan que el Estado que representan es servidor y no amo de la sociedad ni de los ciudadanos que la conforman.

Hablan del “hombre nuevo” y eluden al ciudadano, quien es tomado en cuenta como sujeto de importancia cuando hay elecciones, o para llenar aforos, plazas públicas, largas avenidas y aplaudir como focas al mandamás o al invitado o invitada de éste, por lo general de la misma

línea ideológica. Por lo visto, ignoran de plano que desde la vieja Grecia, ciudadano es quien –con deberes y derechos– habita la *polis*. Y uno de los logros de ese genial pueblo, justamente es haber creado la política, haberla conducido a su temprana madurez. Y, de aplicarse sus principios con ecuanimidad, permitiría a los imperfectos ciudadanos convivir con lo bueno y lo malo de sus esencias y con lo diferente de sus naturalezas.

Por supuesto, aun dándose la plena convivencia, surgirá un punto intermedio denominado crisis, la cual, como parte de la esencialidad humana, suele repetirse; situación que deriva, por lo general, en un desajuste de la gobernabilidad. Pero estas crisis se resuelven –o podrían resolverse– bien sea convocando a elecciones, si se trata de un régimen parlamentario, o mediante acuerdos, si se trata de uno presidencialista.

En cambio, si son sistemas regidos por un orden autoritario, la represión, decretada desde el alto poder, no se hará esperar: será ejecutada por una cofradía perruna que, armada hasta los dientes, dispuesta está a cumplir su misión disolvente, que no excluye la muerte; eso sin importar si entre los “adversarios” hay niños, mujeres o ancianos que simplemente marchan. El condicionamiento de estos *hooligans* de la política dictará que no queda alternativa.

Pero como la historia ha mostrado de muchas formas, este nefasto ordenamiento a la larga colapsa. Después de todo, las cosas humanas (lenguaje, vida, política, relaciones...) no están sostenidas por condiciones estáticas y los períodos de cambio aparecen cuando menos se esperan, en ocasiones con turbulencia mortal.

Desde fuera, desde la razonada distancia donde percibimos al partido de la cofradía dominante y sus desmanes, se tiene la impresión de que cada miembro de la servidumbre “revolucionaria”, es decir, los abyectos alcahuetes, los esperanzados e ingenuos creyentes, habrán firmado un contrato de obediencia a perpetuidad. ¡Lo peor es que tanto hombres como mujeres lo firmarían por igual!

A propósito de lo expuesto en el párrafo anterior, el visionario y libérrimo Étienne de La Boétie, en *Sobre la servidumbre voluntaria*, ensayo



escrito hacia 1548, dijo: “Estos miserables ven brillar los tesoros del tirano; recaban alucinados los rayos de su amistad, y deslumbrados con su resplandor, se acercan y se arrojan a la llama que no puede dejar de consumirles”.

Y, al seguir zahiriendo a los protagonistas de la extrema obediencia perruna, el mismo La Boétie, en el ensayo citado *Sobre la servidumbre voluntaria*, se pregunta con sorna “cómo tantos hombres, tantas ciudades y tantas naciones se sujetan a veces al yugo de un solo tirano, que no tiene más poder que el que le quieren dar...”.

Han pasado más de 400 años desde que La Boétie expusiera tan esclarecedora y brutal circunstancia que resulta paradójico que muchos vivamos hoy, en el brioso siglo XXI, planteándonos la misma interrogante. Incluso hay quien señala el absurdo de que un pueblo catalogado de culto como el alemán haya sucumbido a los cantos de sirena de un megalómano orador como Hitler, y que un pueblo en apariencia desordenado y deliciosamente creativo como el cubano, que vibra alrededor de las inquietas aguas del Caribe, poco a poco se haya apagado por dedicarse a escuchar a diario las mismas sandeces de un embaucador impenitente como Fidel Castro Ruz. Ante la incertidumbre y el bochorno que tales situaciones causan en espíritus libres, bienvenidas sean este par de frases del sabroso castellano antiguo: “Cosas tenedes”, “Cosas veredes...”.

Y ‘cosas’ tenemos y ‘cosas’ seguimos viendo hoy día ligadas a la ruindad de lo político, pues para mantenerse inamovible en la primera magistratura, este tipo de gobernante nombrado en el párrafo anterior (y prácticamente a lo largo de este texto) suele apoyarse en mecanismos de consulta popular como referéndum y plesbicitos. Al dominar los poderes a su real antojo –incluyendo el que contabiliza votos y el que posee las armas–, puede torcer el rumbo de los resultados y con ello atornillarse en el cargo, donde una y muchas veces jurará cumplir sus bizarras promesas por el bien de la patria, aparte de los beneficios que asegura poder aportarle a la Humanidad.



Por fortuna, según ha demostrado la historia, tarde o temprano toda situación ligada a la dictadura finalmente genera caos, caos que con sus bemoles suele ordenarse en democracia: pasajera ésta en algunos casos, y en otros permanente; o con una disposición que insinúa consolidarse en el tiempo.

Lo que no sabemos con certeza –aunque los realistas afirman que no–, es si algún día desaparecerá la triste servidumbre que muchos ciudadanos establecen en torno a la política o a los políticos. En todo caso, pretender que por lo pronto desaparezca semejante forma de bajeza ligada a la *polis* y sus gobernantes, es otra manera de traer a colación la utopía o ideal inalcanzable.

Respecto a la dictadura y sus formas –*de facto*, legalizadas, unipersonales, dinásticas, de partido, institucionalizadas por las Fuerzas Armadas, o las que combinan diversos tipos–, hay pensadores como el citado La Boétie, que señalan no entender cómo tantos hombres, en condición de servidumbre voluntaria, se sujetan al yugo de un solo dueño, un único tirano “cuya bondad no ofrece más garantías que su capricho”.

En cuanto al pluralismo, en este texto, como se sabe, hemos considerado los términos dictadura, democracia, diversidad (que es sinónimo de pluralidad) y libertad, entre otros. Por supuesto, identificándonos de plano con los tres últimos nombrados. Pero veamos qué dicen algunos filósofos que han reflexionado sobre estos aspectos adscritos al ámbito de lo meramente político.

En su “Teoría del acontecimiento”, Alain Badiu propone que de acuerdo con la experiencia, hay que desconfiar del Parlamento (bien sea el de una república o el de una monarquía) y de los nunca bien ponderados partidos políticos, a diario clamando por más democracia cuando son oposición, mas reduciéndola cuando son gobierno. Por si fuera poco, para el filósofo franco-marroquí, nacido en 1937, no es precisamente el concepto de pluralidad el eje rector de la política. Respecto a la libertad, la siempre combativa Hannah Arendt cree que la condición imprescindible de la política es la irreductible pluralidad que queda



expresada en el hecho de que somos 'alguien' y no 'algo'. El caballito de batalla de la judía alemana, la guía que ella propuso hacia un continuo filosofar sobre política y libertad, fue sin duda su incansable llamado a perder el miedo a las consecuencias que acarrea el luchar (con la palabra) por las grandes causas, incluyendo, claro está, las que implican tener un punto de vista diferente.

Lo importante, después de todo y retornando a lo nuestro, es que caído el autoritarismo —*de facto* o encubierto—, vuelve a establecerse un ordenamiento ligado a principios de tolerancia que, por lo general —y he ahí lo lamentable—, instituyen gobiernos débiles que, no obstante, tienen el deber moral de fortalecer la democracia. Pero fortalecerla, en la medida de lo posible, basada en ideales políticos que pongan de lado a las bellas e inoperantes utopías politiqueras: las que gritan los carismáticos fanfarrones pretendiendo siempre ligarse al Estado y sus circunstancias.

En efecto, el resurgimiento es lo que se anuncia en todos los órdenes cuando el improvisado semidiós y sus adeptos pierden el poder. Armamentismo, dogmatismo, populismo e ineptitud, a la larga hunden cualquier tipo de gobierno. Sobre todo el del autócrata, cuya idea única es perpetuarse en el mando, o al menos extenderlo hasta el fin de sus días. Pero por fortuna, insistimos en ello, tarde o temprano la autoridad del Líder Máximo cae, se desvanece.

No olvidemos que los gobiernos de corte dictatorial no gestionan: buscan el poder *per se*. De allí que haya que evitarlos en la medida de lo posible, o en la medida de lo posible salir de ellos más temprano que tarde. Lo lamentable es que la liberación no llega fácilmente, y el costo en vidas y desaparecidos suele resultar impagable. No obstante, la liberación de toda suerte de dictadura será recibida con beneplácito, como lo demuestra la Historia.

Habrá quien tilde de sesgada esta propuesta. O de manifiesto tendencioso, tanto fenomenológico como ideológico. Y es admisible, pues aquí hemos tomado partido por la democracia, el pluralismo, la división de poderes, la libertad de expresión, la política de partidos, e incluso por



la que prescinde de éstos si se han agotado y, claro está, por lo que haga del humano un ente más libre, a pesar de las consabidas y necesarias limitaciones a las que nos vemos sujetos. Después de todo, la política está circunscripta a un espacio donde se supone cuentan las opiniones y donde abiertamente debiera ser aceptado el ejercicio del libre juicio. Por supuesto, cuando no dañe, reiteramos, a quien piensa diferente y con argumentos (o sin éstos) defiende su posición. Ya lo dijo Musset: “El placer de la disputa es lograr la paz”. En ése, y en otros muchos sentidos, la libertad siempre será una empresa inacabada a la que le es imposible abarcar el absoluto.

Concluimos esta propuesta afirmando nuestra descreencia en comunistas, derechistas, liberales y en mesías políticos autocalificados... Creemos en cambio en el hombre honesto, individual, social, progresista, e incluso conservador a la vez. Pero a ese ser se llega, acaso, cuando se ha recorrido largo trecho y, aun así, dudamos de ese espécimen como él dudaría de uno si creyera que hay semejanza entre ambos.



Referencias

- ARENDT, Hannah (1995). *De la historia a la acción*. Buenos Aires: Paidós.
- ARENDT, Hannah (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- ARENDT, Hannah (2008). *La promesa política*. Barcelona: Planeta.
- AVELEDO, Ramón G. (2005). *¿Qué es la política?* Caracas: Panapo.
- BACON, Francis (2002). *Novum Organum*. Barcelona: Folio.
- BADIU, Alain (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- BULLOCK, Alan (1944). *Hitler y Stalin*. Barcelona: Plaza y Yáñez.
- DE LA BOETIE, Etienne (hacia 1548). *Sobre la servidumbre voluntaria*. Recuperado el 2/11/2009, desde <http://www.sindominio.net/oxígeno/archivo/servidumbre.htm>
- DESCARTES, René (1999). *Discurso del método*. Madrid: Alba.
- HEIDEGGER, Martin (1964). *Caminos del bosque*. Buenos Aires: Nova.
- HITLER, Adolf (1995). *Mi lucha*. Barcelona: Wotan.
- HOBBS, Thomas (1996). *Leviatán*. Madrid: Alianza.
- LOCKE, John (1993). *Dos ensayos sobre el gobierno civil*. Madrid: Espasa.
- MAQUIAVELO, Nicolás (2002). *El príncipe*. Madrid: Espasa.
- MARX, Karl (1999). *El Capital*. Barcelona: Folio.
- MONTENEGRO, Walter (1976). *Introducción a las doctrinas político-económicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LENIN, Vladimir Ilich (2000). *¿Qué hacer?* Barcelona: Debarris.
- PLATÓN (1980). *Obras completas* (Traducción Juan José García Bacca). Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- PRIETO, Fernando (1996). *Manual de historia de las teorías políticas*. Madrid: Unión Editorial, S.A.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1980). *Del contrato social*. Madrid: Alianza.
- SAVATER, Fernando (1992). *Política para Amador*. Barcelona: Ariel.
- SCHWANITZ, Dietrich (2005). *La cultura (Todo lo que hay que saber)*. Buenos Aires: Taurus.
- SMITH, Adam (1999). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza.
- STUART MILL, John (1997). *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza.